ANT
XIX
1271/18

SERMON

PREDICADO EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL

DE BADAJOZ

EL 31 DE DICIEMBRE DE 1870,

en los solemnes cultos
celebrados por una Asociacion de personas piadosas para
ensalzar las glorias del Pontificado, protestar contra la usurpacion
y el despojo de que era víctima la Santa Sede, y manifestar
adhesion profundísima y ternísimo cariño á la persona de
Nuestro Santísimo Padre Pio IX,

POR

el Doctor Don Francisco Sanchez Juarez,

Arcipreste que fué
de dicha Santa Iglesia, y hoy Canónigo de la Santa, Metropolitana
y Patriarcal Iglesia de Sevilla.

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA.

SEVILLA, 1877.
IMP. Y LIB. DE LOS SRES. A. IZQUIERDO Y SOBRINO,
Calle Francos, números 60 y 62.

SERMON

SOBRE LAS

EXCELENCIAS DE LA SOBERANÍA PONTIFICIA.

21 cms.
R. 75. 247

SERMON

PREDICADO EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL

DE BADAJOZ

EL 31 DE DICIEMBRE DE 1870,

EN LOS SOLEMNES CULTOS
CELEBRADOS POR UNA ASOCIACION DE PERSONAS PIADOSAS PARA
ENSALZAR LAS GLORIAS DEL PONTIFICADO, PROTESTAR CONTRA LA USURPACION
Y EL DESPOJO DE QUE ERA VÍCTIMA LA SANTA SEDE, Y MANIFESTAR ADHESION
PROFUNDÍSIMA Y TIERNÍSIMO CARIÑO Á LA PERSONA DE
NUESTRO SANTÍSIMO PADRE PIO IX,

POR

el Doctor Don Francisco Sanchez Juarez,

Arcipreste que fué
de dicha Santa Iglesia, y hoy Canónigo de la Santa, Metropolitana
y Patriarcal Iglesia de Sevilla.

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA.

SEVILLA, 1877.
IMP. Y LIB. DE LOS SRES. A. IZQUIERDO Y SOBRINO
Calle Francos, números 60 y 62.

Levavi oculos meos in montes,
unde veniet auxilium mihi.

Levanté mis ojos á los montes,
de donde vendrá para mí el socorro.
Salm. CXX—1.

Illmo. Sr.: (1)

Sres.:

En vano esperaría yo hoy, para comenzar este discurso, á que se calmasen las palpitaciones aceleradas de mi pecho. Jamás se sintió tan hondamente conmovido mi corazon de sacerdote católico, y mi voz habrá de ser, por no pocos instantes, trémula y apagada: pero vuestra fé y vuestra piedad me han llamado, y héme aquí. Habeis querido que sea yo hoy el apologista de la verdad y la justicia, y el intérprete de vuestros afectos más íntimos, y de un lado el deber que me impone la santidad de mi ministerio, de otro el sentimiento de una gratitud profunda, debian pesar más en mi ánimo que el temor de la pequeñez personal, el cual no es con frecuencia otra cosa sino la instigacion pérfida y corruptora de las vanidades mundanas. Aquí, en esta santa Cátedra, debe desaparecer el hombre con todas sus miserias, y quedar sólo el Apóstol con todas sus abnegaciones; y el Apóstol va á presentar en este dia ante las miradas del mundo el hermoso espectáculo de vuestra religiosidad

(1) El Señor Obispo de Badajoz.

y vuestra ternura. ¡Oh! ¿Por qué yo, que creo con vuestras creencias, que gimo con vuestros gemidos, que ruego con vuestras súplicas, que aliento con vuestras esperanzas; por qué yo, identificado con vosotros, como lo estaba el Crisóstomo con aquel pueblo que le escuchaba entusiasmado junto á las orillas del Bósforo, no poseo ni la inteligencia ni las virtudes de aquel hombre extraordinario, á fin de poderos comunicar los encantos de la verdad como en manojos de luz, y los secretos del bien como en centellas encendidas en la gracia del cielo?

Nunca causa más justa pudo atraer á los fieles bajo las bóvedas del templo: jamás el sentimiento religioso se levantó á impulsos de emociones más puras y legítimas. El Catolicismo, hermanos mios, tiene un corazon y una alma que han sido alevemente heridos, y nosotros venimos á restañar la noble sangre que de esa herida brota. El eco que hoy nos congrega en este Santuario es un eco bendito: el eco de la majestuosa voz de la Iglesia, que clama de este modo: «Señor, levánta la mano contra la soberbia de tus enemigos, que se han gloriado en medio de tu solemnidad (1)»: el eco de la voz dulcísima y conmovedora de un anciano venerable que, sin cadenas, pero sin libertad, allá en el Vaticano, en el sitio mismo donde Neron hizo verter tanta sangre de mártires, y á la vista, acaso, del lugar donde selló su fé el primero de los Vicarios de Cristo, repite estas palabras de David con el sereno acento de la virtud y la justicia: «Levanté mis ojos á los montes, de donde vendrá para mí el socorro.» *Levavi oculos meos in montes, unde veniet auxilium mihi.*

Los siglos y las generaciones están mudos de dolor y de asombro, ó sobrecogidos de terror y de espanto. La imaginacion excitada, colocándose sobre las colinas memorables de Roma, cree descubrir un cuadro, ya sombrío, ya patético, que á su pesar la sojuzga y la fascina: Allí, por el Oriente, las feraces campiñas de la gentil Parthénope han visto marchitarse sus

(1) Salm. LXXIII 3 y 4.

plantas y sus flores, y el hirviente Vesubio mira tornarse rojizas las negruzcas líneas de su lava. Allí, por Occidente, los Apeninos sienten chocarse entre sí las rocas graníticas de donde salen sus mármoles; y áun se divisa á los lejanos Alpes, cuyas eternas nieves, perdida ya su nítida blancura, se deshacen en líquidas corrientes, que bajan despeñándose á manera de un torrente de lágrimas. Allí, por el Norte, el Adriático que, á la voz de los Pontífices, vió ir á hermanarse las galeras venecianas con las naves españolas, para darnos en el mar Jónico la insigne fecha de Lepanto, hace encrespar sus irritadas olas, y salpica con sus espumas las costas de la Iliria y del antiguo Epiro. Allí, por el Mediodía, los dos brazos del impetuoso Tíber bajan lanzando gritos de indignacion y de anatema, y las graciosas islas del Tirreno han ocultado, al oirles, bajo el velo de un rigoroso luto, las ricas galas de su incomparable belleza.

Con la Italia católica parece estremecerse la naturaleza entera; y aunque descendamos de lo ideal á lo real, verémos lo bastante para que se impresione poderosamente el ánimo. Las almas privilegiadas se sienten capaces de las más heróicas empresas: lloran por todas partes, con abundantísimo lloro, los corazones sensibles: los espíritus indiferentes ó tímidos, en cuyo hogar ardía yá moribunda la lámpara de la fé, colocan una esplendorosa lucerna sobre el candelabro santo: los hombres de todas opiniones políticas, pero que son creyentes y han estudiado de buena fé la historia, se encuentran en el templo como en un campo neutral, y reconociendo la tremenda injusticia con que se ha despojado al Pontífice-Rey, no ven en él sino un Padre ultrajado, en cuyo derredor quisieran prosternarse, como las ramas de esos sauces que caen humildemente en torno de su tronco.

Por eso, yo, Señores, que no debo inspirarme sino en las ideas de la Verdad Eterna y de la Caridad Infinita, estoy cierto de que he de hablar para todos los entendimientos y para todos los corazones. Por todos los sitios elevados y peligrosos yo me esforzaré en pasar como las águilas, de pico en pico y de cresta

en cresta, á fin de no herir la susceptibilidad de ningun hombre político sensato. Alguna vez, al penetrar en la razon católica, y al preguntar á la Filosofía de la Historia, podrá salirme al paso la razon meramente política; y no siendo yo dueño de cortar esa rama frondosa del árbol del Derecho, debo, al ménos, prometeros que la tocaré sólo..... para apartarla con suavidad de en medio del camino.

Principiarémos, pues, por reseñar ligeramente las inefables excelencias de la doctrina católica; estudiarémos luégo los títulos magníficos que el Pontificado presenta á la admiracion y gratitud de los hombres; señalarémos, por último, los fundamentos de nuestra confianza en el triunfo definitivo de la Iglesia, y en la libertad é independencia de su Pastor Supremo: y en ese detenido exámen hallarémos confirmada esta proposicion que brota expontánea y viva de los gemidos que está exhalando el alma, y que contiene en sí todas las pruebas y toda la sustancia del presente discurso.

Los verdaderos hijos del Catolicismo, apoyados en las enseñanzas de su fé y en la santidad del Derecho, deben fiar á la Providencia y la Justicia Divinas la reparacion de la iniquidad cometida contra el Jefe Supremo de la Iglesia.

Levavi, etc.

Implorémos con fervor, hermanos mios, los auxilios sobrenaturales de la gracia, valiéndonos de la mediacion de la Madre del Verbo, á la cual enviarémos reverentes la hermosa salutacion del Arcángel Gabriel: *Ave María.*

El Evangelio que daba Jesucristo á su Iglesia, para que la Iglesia lo enseñase al mundo, era un raudal puro y abundantísimo, que á todas las gentes habia de ir dejando alguna parte de sus aguas: religion bendita dada para el rico y para el pobre, para el sencillo y para el sabio, para el fuerte y para el débil, para el venturoso y el infortunado; supuesto que brotaba de una sangre divina, derramada por el amor de todos los hom-

bres: gérmen de una civilizacion universal, que en armonía con todas las nobles aspiraciones de la naturaleza humana á un hermoso destino, penetró maravillosamente en todas las zonas de la tierra, no por la fuerza de la espada, sino por la caridad de la palabra.

¡Qué cuadro, Señores, tan consolador y tan magnífico! Aquella extraviada inteligencia del hombre, que apénas poseyó en los mayores genios del Gentilismo algunos rayos de la luz de la verdad, mezclada con los más grandes errores y los más incalificables absurdos, de súbito se eleva y se ilumina; y van apareciendo Ireneo, Hegesippo, Atenágoras, Teófilo Antioqueno, y aquella famosa escuela de Alejandría que produjo á Justino, y que fué sucesivamente dirigida por Pantenes, Clemente y Orígenes. Aquel pobre corazon humano, degradado por todas las pasiones y todas las miserias, se purifica y ennoblece con la práctica de todas las virtudes, gozándose en ser humilde, y sóbrio, y caritativo, y casto. Aquella antigua legislacion de Roma, dura, injusta, tirana, va dejando lugar á la equidad y la justicia, á la suavidad y al amor; y por el influjo del Cristianismo, la mujer se encuentra rehabilitada y engrandecida, el hijo recobra su dignidad y sus derechos, y el esclavo ha sentido romperse inesperadamente sus cadenas. En suma, el mundo no creia, y ha adivinado que la fé es la verdad: no esperaba, y ha comprendido que la esperanza es la vida: no sabía lo que era amar, y ha vislumbrado que la caridad es el cielo.

Y diríase, hermanos mios, que la montaña se allana, que el mar se serena, que los astros avivan sus fulgores, que los campos florecen, que las flores exhalan toda su fragancia, para extender y para ensalzar la doctrina de Jesucristo. El Apóstol va repartiendo aquella caridad, la más dulce, la más interesante, la más llena de dones; la caridad de la palabra: el mártir sella esta caridad con otra caridad más perfecta, más elocuente, más arrebatadora, la caridad del sacrificio. Y las generaciones apostólicas se multiplican para enseñar la verdad; y las generaciones de los mártires se multiplican tambien para confirmarla

con su heroismo, llevando infatigables ambas por todos los términos del Orbe esa tierna bendicion que, hace pocos momentos, escuchábamos de la boca de un sucesor de los Apóstoles. «La paz sea con vosotros.» *Pax vobis.*

Ahora bien: esta Religion, cuyo objetivo es la bienaventuranza de la vida y el reinado de la inmortalidad; esta Iglesia, para la cual no habrá más que una raza, ni más que un símbolo, ni más que un corazon, ni más que un cielo; esta doctrina, para cuya propagacion no hay distancias, ni obstáculos, ni peligros, habia de tener necesariamente un foco de donde recibir su luz, un núcleo de donde tomar su vida y su fuerza; y este foco y este núcleo es el centro de unidad, la Cátedra de Pedro, aquella Roma que, despues de hecha cristiana, habia de representar mejor que la Roma de los Césares la aspiracion universal, la idea cosmopolita; pues que, siendo una patria comun para los fieles de todo el Universo, miraba á la vez á todos los pueblos y todas las naciones como á su propia Patria.

El primado de honor y de jurisdiccion de Pedro sobre todos los Apóstoles, que sumisos y unánimes le reconocieron por Príncipe, se halla tan clara y manifiestamente establecido, que sólo la ceguedad del odio ó de la envidia ha podido negarlo ó discutirlo. Son varios los pasajes del Evangelio que lo determinan y evidencian, y uno solo de ellos será siempre bastante para todo hombre que no esté funestamente acariciado por el soplo de la incredulidad, ó influido por el espíritu de secta. Un dia en que Simon Pedro, lleno de ardiente fé, confiesa en Cesarea de Philippo la Divinidad de Jesucristo, el Salvador le dice (1): «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Todo lo que ligares en la tierra, ligado será en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra, será tambien desatado en los cielos.» Hé aquí la solemne y terminante promesa del poder y de la autoridad.

(1) Matth. XVI.

En otra hora memorable de tribulacion y de angustia, en la noche de la Eucaristía y de la Oracion, dice Jesus á Pedro (1): «Yo he rogado por tí, para que no falte tu fé; y tú, una vez convertido, confirma á tus hermanos.» Hé aquí el ofrecimiento de una asistencia contínua y la garantía de una enseñanza infalible.

En otro instante dichosísimo, en fin, cuando Jesús, próximo á remontarse al cielo, ve como desbordarse la ternura que Pedro atesoraba para El en el fondo de su alma, le reitera su dignidad y su mision con estas tan decisivas frases (2): «Apacienta mis corderos; apacienta mis ovejas.» Hé aquí, Señores, la universalidad de la autoridad y del poder, y la perpetuidad de la supremacía.

Y ese discípulo de Cristo que, por su intensa fé y por su especial amor á su Maestro, habia recibido de El, con la direccion suprema de su Iglesia, las llaves de los cielos, quiere enseñar la doctrina del Salvador y morir por su gloria en un suelo fecundo. Jerusalem será siempre el recuerdo de una victoria y una redencion divinas; pero su suelo está como esterilizado y muerto por una maldad inaudita. Roma se mira entónces en el apogeo de su grandeza; y aunque es un pueblo sin religion y sin virtudes, que debe sucumbir pronto, la Cruz que levanta Neron para San Pedro hará de él el centro de la verdad sucediendo al centro del saber; monumento que se salva de un Imperio que se desploma; enseña de vida y de ventura para los siglos y las generaciones; edificio cuyo remate parece ya confundirse en los espacios con los umbrales de la eternidad.

El primero de los Pontífices ha sellado ya su fe profunda y su indecible amor con el martirio; pero Pedro vivirá y reinará en sus Sucesores, hasta la consumacion de los tiempos. Porque Jesucristo habia designado en la persona de Pedro un Vicario cuyo poder se trasmitiese, una autoridad perpétua, una

(1) Luc. XXII.

(2) Joann. XXI.

piedra indestructible, solidísima base de su institucion maravillosa. A Pedro le sucede Lino, Lino es seguido de Cleto, Cleto de Clemente I; y aquellos Papas del primer siglo se verán continuados con la misma mision, con la misma soberanía espiritual y sobrehumana en la série de todos los siglos.

Los destellos purísimos de esta Religion revelada penetraron en los Palacios mismos de los Césares; y aquel pueblo Romano, tiranizado, envilecido, desgarrado, se iba ya encontrando á cada instante con el anciano de blancos cabellos, ó de mirada dulce y expresiva, ó de palabra afable y cariñosa, que derramaba sobre el pobre, sobre el huérfano, sobre el enfermo, sobre el débil, los pedazos de un corazon que sacaba abrasado de caridad del seno de las catacumbas. Para aquellos séres sedientos de justicia y dulzura, la cabeza de tan tierno y celoso Pastor estaba circundada de una aureola celeste; y se acostumbraron á amarle, á obedecerle, á venerarle y bendecirle. El Pontífice no podía áun llamarse Rey allí donde un decreto de los Emperadores solía conducirle al martirio: pero cuando murió el último César pagano, Constantino comprendió que estaba marcado en la frente de los Vicarios de Jesucristo el sello de la Soberanía; y trasladando su morada al Oriente, quiso dejar ver al mundo que el Pontífice es naturalmente Rey, y que siempre que no gima en el cautiverio ó espire en el cadalso, debe ocupar un trono.

Sonaba por entónces para las sociedades una hora terriblemente solemne. De las selvas de la Germania y de la Escandinavia, y de las nieves del polo, salieron hombres de valor y de fiereza inauditos, ávidos de llanura, de sol y de abundancia. El Imperio Romano principió á desmoronarse bajo su planta ruda: por donde quiera que pasaban, dejaron una huella de sangre: si en su camino se levantaba algun monumento civilizador en política, en jurisprudencia, en artes ó en literatura romanas, apénas se conservaron sus vestigios. El Sajon se enseñorea de las provincias meridionales de Inglaterra; el Franco se apodera de las Galias; el Hunno de la Panonia; el

Ostrogodo y despues el Lombardo de la Italia; y áun vendrian sin cesar invasiones que pasaron sobre el Occidente todo como las aguas de las tormentas. Pues bien: la Iglesia, que encuentra á aquellos conquistadores vírgenes casi de emociones religiosas, principia á iluminarlos con la luz de una verdad divina, y á seducirles con la magnificencia y la poesía de un culto bienhechor. Y el Jefe de aquel maravilloso Sacerdocio, que contaba ya entre sus Obispos á Osio, Atanasio, Agustin, Ambrosio, Crisóstomo y Basilio; el sucesor de la Cátedra de Pedro, será la gran figura que se levante para salvar la Europa y civilizar la barbarie.

Por la influencia de los Pontífices será suave en la Italia la dominacion de Odoacro, y Alarico no consumará su obra de destruccion en Roma. Ante la mirada imponente de San Leon baja sus fieros ojos Atila, y se vuelve humillado á los pantanos de donde habia salido. San Gregorio Magno, deteniendo al longobardo Agilulfo, defendiendo la libertad de la Iglesia contra los sofismas y las violencias de aquel Bajo Imperio que corrompía cuanto tocaba, fundando escuelas y hospitales, y enviando su sabiduría al soplo de todos los vientos, hace de Roma, *buque viejo y combatido por el huracan* (1), como él la llamaba, un nuevo faro del Orbe. Los Papas, calmando y consolando las ciudades contra las injusticias de los Exarcas, protegiéndolas contra las amenazas de los Longobardos, y dándoles el amparo que les negaba la inercia de los Emperadores bizantinos, fueron mirados como regeneradores y padres; y aquellos pueblos vejados y oprimidos, se arrodillaron ante ellos, y les bendijeron y aclamaron, colocándolos sobre un sólio de amor. Comprendieron que ser siempre sus súbditos era ser siempre sus hijos, y que allí no se corría el peligro de ver forjar cadenas. Fué, pues, aquello, la conquista pacífica del genio del bien, una donacion que ni se pedia ni se deseaba, un suceso providencial, una señal del cielo. Cuando lleguen

(1) César Cantú, *Hist. Univ.* época. VIII. cap. 17.

Pipino y Carlo-magno, más bien que á ceder un territorio y un *título*, vendrán á consignar un *testimonio*, (1) y á afirmar ellos mismos su poder con las garantías del Derecho cristiano. El guerrero que ayer se presentaba en auxilio de la Iglesia no se atreverá á llamarse Emperador sin recibir la consagracion de un Pontífice.

La manifestacion, por tanto, completa é independiente del poder temporal de los Papas, tendrá, si se quiere, una fecha humana; pero su orígen se esconde á las investigaciones de la historia: es como el nacimiento del Nilo. No pongáis pleito Señores, vosotros los que améis la monarquía, á la antigüedad y legitimidad de su poder; no traigáis esa cuestion al foro; temblarían entónces todas las dinastías que reinan en la Europa: contentáos únicamente con examinar sus beneficios. Y vosotros, admiradores entusiastas de las democracias y las repúblicas, venid á contemplar lo que han hecho los Pontífices por la libertad de los pueblos; y hasta les veréis vivir fraternalménte con aquellas repúblicas de Italia, tan llenas de grandeza, pareciéndose á los antiguos Patriarcas, que visitaban indistintamente las tiendas de sus hijos.

El hecho más culminante de toda la Edad Media es la lucha gigantesca de los hijos de la Cruz contra los sectarios del Islam. Había surgido del Oriente el árabe, seducido por la hermosura de Mahoma, por sus revelaciones, su persecucion, su valor y sus triunfos. Abu-Bekre extiende sus conquistas: Kaled las dilata, creyéndose invencible porque posee los cabellos del profeta. Ríndense en la Siria Bosra, Tadmor y Damasco: es vencida la Persia: sucumben en Egipto Alejandría y Menfis: despues Berénice, Cirene, Utica é Hipona, y cerca de las ruinas de Cártago se levanta Cairwan. El vencedor fanático divisa en lontananza tierras que escitan su sed de proselitismo y de gloria; pasa un mar turbulento sobre frágiles naves; derriba de un solo golpe el trono vacilante de Rodrigo, que em-

(1) Pastor Diaz, Roma sin el Papa. XIII.

pujó la traicion; y desde el temible estrecho, que formaron acaso las furias del Océano, hasta la bella Sicilia y hasta el último baluarte del Imperio Griego, los Sarracenos conquistaron deliciosas regiones y amenazaron á todos los pueblos de Occidente.

Para oponer un dique poderoso á esta inundacion asoladora, la Iglesia levanta en alto la Cruz de Jesucristo, y hace amanecer el hermoso día de las Cruzadas; y el alma de esa colosal empresa es el Pontífice de Roma. La Europa casi pierde entónces su nombre para llamarse la Cristiandad; y la Cristiandad vuelve los ojos á su Jefe para que la salve, y la salva en efecto. Tres nombres gloriosos pueden resumir esa epopeya inmensa. Urbano II, que ha exclamado en el Concilio de Clermont «¡Dios lo quiere!»: Inocencio III, que casi hacia terminar la reconquista de España, ayudando con la predicacion de una cruzada á darnos la victoria de las Navas de Tolosa: San Pio V, que áun despues de pasadas las épocas de mayor fervor y sentimiento, alentaba á los Reyes contra los Turcos, y tanta parte tuvo en aquel triunfo prodigioso alcanzado en el golfo de Lepanto.

Entretanto, los Papas todos venian esclareciendo el Derecho de gentes, tan imperfecto en las antiguas sociedades; fulminaban sus anatemas contra los vencedores sin piedad, y consignaban la *paz* y la *tregua* en un título de sus Decretales. Los Papas mitigaban los rigores de aquellas pruebas *ordalias* del fuego y del agua, del combate judicial y del pan conjurado. Los Papas consolidaban el poder de las monarquías en aquellas contínuas luchas de los señores feudales contra sus soberanos. Los Papas reivindicaban siempre los derechos de los pueblos contra las injusticias de los reyes, frecuentemente concubinarios, simoniacos, opresores y tiranos. De los senos de esa Edad brotaron los elementos constitutivos de nuevas sociedades, y el Pontífice de Roma será quien dé el agua del bautismo (1) á aquella civilizacion naciente. ¡Genios del Dante,

(1) Pastor Diaz.—lib. cit.

del Petrarca, de Ariosto y del Tasso, decid quién os ciñó el más hermoso laurel de vuestras glorias! ¡Sombras del Giotto, Bramante, Buonarotti, Rafael y Bernin, decid cuánto renombre os dieron la proteccion y la munificencia de los Soberanos de Roma! Y vosotros todos, hombres de las ciencias y las letras, que habéis asombrado al mundo con vuestra justa fama, venid á declarar en el juicio que han abierto contra el Catolicismo las modernas sociedades si es cierto que la fé de la Iglesia haya detenido jamás el vuelo de vuestras inteligencias!

Hé aquí, Señores, los orígenes y los títulos de la Soberanía temporal de los Pontífices romanos. ¡Cuán bellos son sus pasos y cuánto interesan sus suaves gradaciones! ¿Y habrá podido ser una sana política la que combata esa Soberanía, basada en el amor y en el Derecho? ¡Oh! no, por cierto. El verdadero enemigo del Pontificado es el error religioso, llevado á sus consecuencias finales: es la herejía protestante, que, combatiendo al Pontífice Supremo, inténta herir de muerte al Catolicismo; y cuyo espíritu, aplicado á su pesar, pero fatal y necesariamente, á la esfera política, ha producido esos caudillos de las revoluciones que, inténtando destronar al Soberano de Roma, saben que pueden hacerse bambolear y sucumbir los tronos mejor afianzados de la tierra.

El Protestantismo estaba destinado á ser, desgraciadamente, no ya sólo la herejía dogmática, sino más bien la negacion de todo principio religioso, el apoyo de toda rebelion, y hasta la desleal arma de partido. Así, en su mismo nacimiento, servía ya á muchos príncipes germánicos para minar el imperio de Cárlos V. Así, fué engendro del Protestantismo el Fisolofismo del siglo XVIII, aquel frenesí de incrédulidad que sació su furor homicida y sacrílego en los reyes, en los sacerdotes y en las mismas naciones. Así, engendro del Protestantismo ha sido el Ateismo racionalista de nuestros días, que, osando atacar directamente á Jesucristo Nuestro Redentor, nos ha presentado, despues de Gibbon el inglés, á Straus el aleman, á Salvador el israelita y á Renan el francés. Así, engendro del Protestantis-

mo es esa indiferencia religiosa que, ora aceptando con el deista como buenos todos los cultos, ora desechándolos todos con el ateo, deja morir al hombre de languidez, como el que respira la atmósfera que impregna con su hálito la serpiente silbadora de la América. Del Protestantismo, finalmente—dejando aparte la enumeracion de otros muchos males—se vió surgir aquel espíritu de independencia que, haciendo al hombre rechazar toda sumision como cristiano á la autoridad de la Iglesia, le hacía odiar como ciudadano toda obediencia á la autoridad del Estado. Storck y Munzer lo dijeron bien claro al mundo; y si el Anabaptismo fué entónces vencido, la idea, léjos de morir, se extendió por todas partes, y la hemos visto renacer con mayor fuerza en nuestros tiempos.

En este instante, Señores, me encuentro colocado en los lindes que separan la Religion del Derecho político; pero no me he olvidado de aquel símil del águila, y huiré como ella de las nieves y los volcanes; que en este sitio, tan digno de respeto, ni debe haber pasiones que abrasen el corazon, ni pasiones que le hielen. Creo, sí, conveniente detenerme aquí brevísimos instantes, para hacer que se conozca á fondo la doctrina de la Iglesia acerca de la potestad civil; y repito que no ofenderé susceptibilidades, porque no he de salir de ese nexo íntimo que une al derecho humano con el derecho divino en el principio de eterna justicia de donde ambos proceden.

Todo poder viene indudablemente del cielo, y sin pacto ni contrato alguno ha de existir en toda asociacion humana, como crece el romero en el monte y el césped en el prado. Discútase por los sábios si la autoridad civil nació de la autoridad patriarcal, ó si sólo encontró allí su modelo: decídase en buen hora si el poder ha de ser ejercido por uno ó por muchos individuos: háblese cuanto se quiera de la comunicacion mediata ó inmediata, lo que está para el cristiano fuera de toda controversia, porque pertenece á la fé, es que Dios es la fuente de todo sér y de todo Derecho, y que á El están sujetas todas las potestades de la tierra.

La Iglesia Católica nunca ha decidido cosa alguna sobre formas políticas, porque su fin es de un órden más elevado y sublime; el de encaminar las almas hácia una patria comun, á las moradas eternas. Dadme fé, siempre fé; dadme justicia y amor, que yo no he de preguntaros por vuestra monarquía ó vuestra república. ¿Sóis verdaderos católicos, obedecéis á vuestros legítimos superiores, amáis á vuestro prójimo, respetáis sus derechos? Lo demás me importa poco, desaparece á mis ojos ante la inconmensurable grandeza de la Religion y de la eternidad. Pero si ofreciendo á la humanidad el ideal de un progreso indefinido, su bienestar y su ventura, se atacan al par los dogmas, se olvida la caridad, se conculca la justicia, se falta á la obediencia, yo no encuentro ya aquí ni la monarquía, ni la aristocracia, ni la democracia, formas todas respetables de gobierno, sino la negacion de toda autoridad, el espíritu de rebeldía encarnado en el corazon del hombre, la última expresion, en fin, inexorablemente lógica, de la idea protestante. Y ahora es cuando debo añadiros que esta idea, este espíritu, esta negacion, son los que han puesto su mano audaz sobre la triple y sagrada corona del Pontífice de Roma, porque el Pontífice Romano los condena, los ha vencido y los vencerá siempre en todas sus maquinaciones.

Es esto, Señores, de una evidencia tal, que puede decirse notoria. Pero lo que deja el ánimo embargado, lo que no acierta á explicarse la mente, es cómo la espada de un Rey ha podido servir de instrumento á esas pasiones desencadenadas; cómo la Italia ha podido ser la nacion agresora de Roma; cómo no se ha vacilado en hacer una víctima de un anciano Pontífice que se llama Pio IX.

No vengo aquí para acusar al soberano, ni para juzgar al hombre: al hombre y al soberano lo juzgará la conciencia pública cristiana, lo juzgará la historia, Dios lo juzgará. Lo que sí me es dado decir del Monarca que lleva á cabo esa obra y de los Reyes que la contemplan es que todas las potestades legítimas parecen colocadas en el cáuce de un rio, cuan-

do amenaza la tempestad. Hace ya tiempo que los soberanos de Europa, desdeñando el ejemplo nobilísimo de los grandes monarcas del noveno siglo, presencian impasibles la iniquidad sin condenarla y la usurpacion sin impedirla. ¡Ay de ellos! Hoy sucumben los débiles; mañana caerán los fuertes. Desde que la razon de Estado, alegada frecuentemente por las sociedades modernas, no ha querido respetar un poder, de orígen misterioso y casi sobrehumano, y que en el siglo octavo presentaba ya una ejecutoria indiscutible y magnífica, no habrá, no puede haber corona bien asentada sobre las sienes de ningun rey, ni seguridades de estabilidad, obediencia y respeto para ninguna autoridad de la tierra.

En cuanto á Italia, apoderándose de Roma por la fuerza de las armas, es la imágen desconsoladora del hijo que, en el delirio de la fiebre, se revuelve para herir á su madre. No fué, por cierto, la Italia quien dió su sér á Roma; sino que ha sido Roma la que ha creado la Italia y la hizo soberana del mundo, hasta en los mismos días de su decadencia. En la época de los mayores desastres para el Imperio de Occidente, Italia se conservó siempre grande, porque vivia bajo el abrigo y el amparo de Roma. Los antiguos conquistadores sólo dejaban en el Asia, en Atenas y en Egipto perpétuas ruinas: en Italia la desolacion apénas reina un día, porque la mano reparadora y benéfica de los Pontífices Romanos logra guardar intacto el tesoro de la Religion, de las leyes, de las ciencias y el arte. Italia supo realizar el admirable consorcio de la autoridad con la libertad; grandiosos elementos que Lutero y Calvino y Voltaire y Rousseau y los socialistas modernos han querido en vano presentar como notas discordantes, ó más bien, como puntos antitéticos en las armonías de la civilizacion, siendo así que ellos se atraen, se enlazan, se completan: y este consorcio feliz fué inspirado en la gran idea moral de la Ciudad Eterna. Italia, pues, llevando á Roma una dominacion usurpadora, se ha olvidado de su orígen, de sus glorias y de sus tradiciones; y si lo ha hecho con menosprecio de toda razon y de toda justicia, ha sido

igualmente en perjuicio de los derechos é intereses de todas las naciones católicas.

Porque es forzoso reconocerlo, Señores: Roma no estuvo nunca destinada á ser la capital de un territorio, sino la capital del mundo. Si siendo todavía pagana, y ántes de que la Italia se formase, tenía colonias en apartados paises, cuando allí more libre el Sumo Sacerdote cristiano, alcanzará en ella derecho de propiedad el Cristianismo entero, sin dejar de reconocerla por Señora. Roma ha conservado sus monumentos antiguos y ha levantado sus monumentos nuevos con el oro, las lágrimas y los suspiros de todos los fieles. Roma encierra los sepulcros de muchos Mártires y Confesores de todas las partes de la tierra, y los que acuden á venerarlos y á visitar las reliquias de las Catacumbas no deben ser extrangeros en aquel suelo sagrado. En Roma reside la Cabeza visible de la Iglesia, que dá su enseñanza y su bendicion á los reyes, á los obispos y á los pueblos; y obispos, pueblos y reyes, quieren tener la certeza de que el Pontífice es independiente y libre como Pastor y Maestro. Un Papa que pareciera súbdito de un rey no podría recibir, ni de los soberanos ni de los pueblos, toda la reverencia y toda la confianza que se debe tributar á los Vicarios de Jesucristo.

¿Pero será, tal vez, Señores, que la Italia haya podido temer un rival ó un enemigo en Roma? ¡Oh! Sería irrisorio decirlo. Hace ya muchos siglos que desaparecieron del Palatino y el Quirinal las razas pelásgica y sabélica, y ni inundan ya el Colosseo muchedumbres frenéticas, ni habita allí una tribu belicosa, ni una familia de conquistadores: hasta pasaron aquellos tiempos en que la Providencia hizo de los Pontífices, para bien de la humanidad, los jueces ó los árbitros de los destinos de la Europa, y desde mucho ántes del siglo XVI los sucesores de San Pedro no vienen ejerciendo otro poderío ni otra influencia que interponer su mediacion y sus súplicas en las querellas de los Príncipes, cuidar del bien espiritual del mundo, envíar los resplandores de la fé á todos los ángulos de la

BIBLIOTECA ANDALUCIA Granada

tierra, difundir la verdadera sabiduría y combatir sin descanso el error en todas sus fases y sus incesantes evoluciones.

¿Podrá, al ménos, decirse que los Pontífices de Roma detienen las corrientes del progreso de nuestra época, condenan la libertad y el saber, son rémora al desenvolvimiento de la civilizacion moderna? No: semejante afirmacion sería el colmo de la insensatéz ó del absurdo. Porque, si la civilizacion es el triunfo del Derecho y la sabiduría de las legislaciones, los Pontífices fueron siempre los primeros en favorecer las leyes sábias y justas, en clamar contra la tiranía y en llorar las espoliaciones inícuas. Si la civilizacion son las buenas creencias, nadie hizo tanto como los Papas por adelantar las conquistas de la fé, por extender la enseñanza religiosa del mundo, por llevar á todas partes el esplendor y las magnificencias del culto cristiano. Si la civilizacion son la ciencia y el arte, ningun Príncipe honró más cumplidamente á los grandes génios y á los talentos elevados que los Pontífices de Roma. Si la civilizacion es la libertad, la Iglesia Católica y su Pastor Supremo respetaron como nadie los fueros de la conciencia humana; y bajo su proteccion y su sombra fué como las naciones adquirieron, lo mismo en el órden civil que en el órden político, las verdaderas libertades; aquellas que conducen á la paz, á la concordia, al órden y al bienestar de los ciudadanos. Si la civilizacion, por último, son las costumbres y las virtudes de un pueblo, nadie como los Jefes Supremos del Catolicismo se desveló tan generosa y desinteresadamente por dirigir y perfeccionar, con los resplandores y las máximas del Evangelio, los nobles instintos del corazon humano; pues que ellos trabajaron sin cesar por unir á los individuos, á las familias, á las sociedades con los vínculos de todos los intereses legítimos, y por recrearles y satisfacerles con los atractivos de todos los amores castos y de todos los placeres honestos.

Hay, sí, una civilizacion, ó, mas bien, una cultura que la Iglesia católica y los Pontífices Romanos rechazan y anatematizan con todo su vigor y su santa energía: la cultura donde la

última razon de la ley y del derecho és la fuerza: la cultura donde la ciencia no admite un mundo sobrenatural y divino, y donde el realismo del arte mata el bello ideal, única fuente de donde se derivan las inspiraciones fecundas: la cultura en que la libertad es sinónima de la licencia para propagar el mal; el mal, que carece de títulos y de derechos para morar entre los hombres: la cultura, en fin, donde las costumbres recuerdan los postreros dias del paganismo, y donde léjos de premiarse la honradéz y la virtud, hemos ¡qué horror! asistido frecuentemente á la apoteosis de la violencia y del crímen.

¡Italia, Italia! Tú, hermana nuestra por tu constante fé: tú, teatro de inmarcesibles laureles para nuestros Sábios y nuestros ejércitos: tú, centro del mundo y asombro de las generaciones pasadas, escucha la voz de la contristada España, que clama por atraerte á la senda del honor y de la justicia. ¿Por qué has querido renunciar á tus gloriosas y antiguas tradiciones? ¿Cómo pudiste desatar los lazos de nuestro mútuo amor, para correr en pos de una grandeza mentida, y para gozarte con criminales y pasajeros triunfos? Roma es de la Iglesia Universal, Roma es de los Vicarios de Cristo. Colóca de nuevo esa preciada joya en la tiara del Pontífice Rey; que el mundo considerará tu accion más grande y más heróica, devolviéndola, que vió grande tu error arrebatándola!

Mas ¡qué digo, ay de mí! ¿Cómo, oh nacion sin ventura, tomé en nombre de España tu respetado nombre, para reconvenirte y censurarte? La España Oficial que ha reconocido la obra de la usurpacion y la violencia, no puede alegar derecho alguno para increpar al pueblo que ha usurpado: la España verdaderamente católica tiene para sus antiguos hermanos su compasion y sus consuelos, y sólo debe llevarles aliento y esperanzas. Nó, no eres tú, noble Italia, quien ha hollado con tan audaz cinismo la justicia, quien ha perpetrado tan inaudito crímen, quien ha desoido los amorosos consejos y ha menospreciado las saludables amenazas de un Padre. No eres tú la que hoy causa el horror y hace verter el llanto de todos los cora-

zones fieles. Es, sí, el espíritu de la revolucion que se ha infiltrado en el espíritu de muchos de tus hijos, que mina tus más venerandas instituciones, que viene á oscurecer las más esclarecidas páginas de tu historia, que se jacta de haberse enseñoreado de tu suelo, como ha logrado invadir la pátria de San Hermenegildo, de Fernando el Santo y de Isabel primera, y como pugna desesperadamente por dominar el mundo.

Y si despues de estas consideraciones que conturban el ánimo, ponemos, hermanos mios, nuestra mirada en aquel varon justo, investido hoy con la altísima dignidad de Pastor Supremo de la Iglesia, nuestro corazon católico se sentirá más hondamente apenado. Diríase que el dedo de Dios se habia aparecido de una manera visible en la eleccion del grande y bondadoso Pio IX. Apénas sentado sobre el sólio Pontifical, tuvo uno de esos ensueños, que sólo conciben las almas generosas; pero le despertaron bien pronto de sus ilusiones el grito de la impiedad y la ingratitud de los hombres. La contradiccion y la injusticia principiaron á amargar su existencia: mas así como había pisado sin envanecimiento las flores con que fué alfombrada la entrada de su camino, sabria tambien sufrir con resignacion y fortaleza las persecuciones con que se proponian terminarlo. Nunca quizás laceraron tantos dolores reunidos el corazon de un Pontífice, y, sin embargo, jamás dejó de estar serena su frente, ni de ser tierna su palabra. Todo el encono de sus enemigos no conseguiría formar ni una gota de hiel en aquel seno amoroso; y cada nuevo pesar era para él como una nueva estrella que enriquecia la brillante diadema de sus virtudes. El incrédulo que iba á visitarle salía hecho creyente: el insensible volvía á hallar la fuente de las lágrimas: el pecador seguia el llamamiento de la gracia: el triste salía consolado: el hombre de rectitud no se contentaba ya con ser virtuoso, sino que aspiraba á ser perfecto. Inflamado por el celo de la gloria de Dios y de la salvacion de las almas, el pensamiento fijo de aquel buen Pastor es el de salvar unas sociedades que amenazan precipitarse en insondables abismos. La razon del hombre

quiere una autonomía delirante: la ambicion devora á los poderosos; la anarquía divide á los pueblos; la fuerza sustituye al derecho; el sensualismo enerva los ánimos; el egoismo seca el espíritu: y á fin de regenerar y devolver toda su vida á la inteligencia y al corazon, al individuo y á la sociedad, el Augusto Pio IX convoca una de esas asambleas Ecuménicas, faros benditos de las generaciones, que, presididas por el Espíritu Divino, hacen irradiar sobre el mundo las claridades emanadas de la Verdad Eterna y del Bien Infinito.

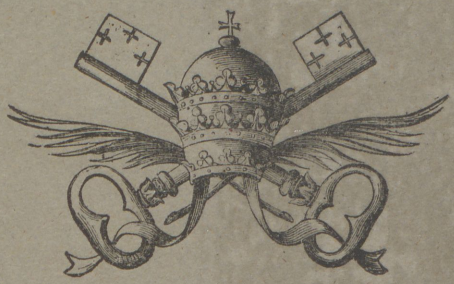
Este es, amados mios, el Pontífice á quien la iniquidad persigue; este es el Soberano á quien los fuertes desposeen; este el Padre á quien sus hijos desconocen y ultrajan. ¿Y no hemos de llorar nosotros? ¿No hemos de congregarnos bajo las bóvedas del templo, casa de la oracion y de las consolaciones, para clamar á ese cielo que nunca abandonó al justo? ¿No es, por ventura, ese Pastor que sufre, el que apacienta nuestras almas, como fué nuestra Madre quien nos amamantó á su pecho? ¡Oh, sí Padre, mio, sí, Pontífice Venerable y amado! Nosotros tenemos para tí toda la ternura que recogimos en el maternal regazo; toda la veneracion con que vimos que se te nombraba siempre en el hogar de nuestra familia. Para ensalzar tus grandezas y tus virtudes, tuyo es todo el aliento de nuestro pecho y todo el amor de nuestro corazon. Nosotros nos afligimos profundamente en tus dolores; y para llorar tus infortunios nos parecen pocas las lágrimas de nuestros ojos: querríamos llorar tambien con el rocío de la mañana, y con las gotas suaves de una lluvia fecunda, y con el cristal de los arroyos que lamen en la tarde las mustias flores de la pradera: llorar, en fin, sin tregua ni consuelo, hasta que obtengas la corona inmarcesible del triunfo, que no puede ménos de estarte preparada.

Y al gemir y al llorar con la más intensa amargura, nosotros protestamos al par en nombre de nuestra Religion ultrajada, de la justicia escarnecida, de la historia falseada, de la cristiandad desposeida, de la virtud menospreciada; protesta-

mos solemnemente contra esa invasion usurpadora que ha excitado la indignacion del mundo, y que ha puesto el luto y la tristeza en todos los buenos corazones. Podrá ser bien que nuestra tristeza y nuestro luto tarden todavía algun tiempo en convertirse *en oleo de gozo y en manto de alabanza.* (1) ¡Dios lo sabe! Nosotros no ignoramos que los enemigos de la Iglesia Católica alardean de tener asegurado el éxito de sus desesperados esfuerzos; pero ¡ah! no saben que su victoria, ó mejor dicho, sus ventajas de un dia pueden entrar en los planes de la Providencia, para aniquilarlos despues, haciéndolos expiar todos sus atentados y sus sacrilegios. Esos son los mas grandes secretos del poder y de la sabiduría de Dios; sacar del mal tesoros de un bien fecundo, y humillar el error y la iniquidad cuando saborean alguno de sus más horribles triunfos. Al ménos, podemos estar ciertos, en virtud de las promesas divinas, que no faltarán jamás, de que esa barquilla santa desde la cual predicó Jesus tantas veces, esa barquilla en la que subía contra las corrientes del Tíber aquel pescador tan experimentado del mar de Galilea, esa barquilla que ha atravesado tantos mares, salvado tantos escollos, y sufrido tan borrascosos vientos, no puede perecer, no perecerá nunca. No: nosotros, católicos de todo nuestro corazon, que hemos recibido suficiente testimonio de la luz del cielo, de la divinidad de Cristo, nosotros no nos haremos acreedores á aquellas severas palabras del Salvador del mundo (2) *¿Qué es lo que teméis, hombres de poca fé?*

Hermanos mios; no querais arrebatarme la conviccion consoladora de que no ha de dibujarse la sonrisa del desden en los labios de ninguno de los que me escuchan. Si hubiese, desgraciadamente, entre vosotros alguno que vacilara entre la verdad y el error, yo no quiero figurármelo como perdido para la fé y el amor de Jesucristo. ¡Ojalá que abra su alma al toque misterioso de la gracia, como la flor abre su cáliz á los rayos de un

(1) Isaias LXI.—3.
(2) Matth. VIII—26.

sol de primavera; que sería para él un triste título el de formar la primera generacion impía de su familia, y el de abrir una sima de incredulidad ó de duda ante el primer destello de la razon de sus hijos! Redimidos todos con la Cruz del Salvador, los brazos de esa Cruz se extienden amorosamente hacia nosotros para darnos la verdad y la dicha como la dieron á las sociedades paganas. Hijos de la Religion dulcísima que envía la paz al mundo, y de la Europa de los Cruzados, salvada por el Pontificado Roma no de todas las grandes catástrofes, jamás debe entibiarse nuestro respeto y nuestra sumision para con la Iglesia y sus Supremos Pastores. Hijos, además, nosotros de la España de la reconquista, nuestro amor y nuestra gratitud para con el Catolicismo y sus Pontífices, deben ser como parte de nuestro propio aliento y nuestra propia sangre, porque son la sangre y el aliento de nuestros padres, que recuerdan la piedad de los suyos; cadena misteriosa que de eslabon en eslabon se remonta y sube hasta el primer anillo de nuestras generaciones cristianas. Católicos, en suma, sin vacilaciones ni tibiezas, nosotros no aceptamos, no aceptaremos nunca, ni en religion ni en política, otra doctrina que la que se contiene en las sentidas Alocuciones, en las inspiradas Encíclicas, en todas las Letras Apostólicas de Nuestro Santísimo Padre Pio IX, doctrina encaminada á iluminar las almas y á regenerar los pueblos, escudándolos al par contra el error puramente religioso y contra todos los errores relativos á la sociedad civil, á la libertad de la Iglesia y á la Soberanía temporal de los Papas. Pero si nosotros deploramos, como se deplora en aquellos inmortales escritos, el extravío de tantas inteligencias; si abominamos, como allí se abomina, la maldad de muchos corazones, seguros, en cambio, de nuestra fé y de la autoridad infalible que la tiene en depósito, apoyados en la santidad del Derecho, elevarémos al cielo nuestras miradas y nuestras súplicas, y á la vez que le imploramos sus luces y sus misericordias para los enemigos de la Iglesia, confiarémos á la Providencia y la Justicia Divinas la reparacion de la iniquidad cometida contra el Padre comun de los fieles. *Levavi* etc.

Suba ya, pues, católicos, hasta el trono del Altísimo el perfume de vuestra fé, y recibid las gracias en nombre de la Iglesia y en nombre de todas las almas fervorosas por esta manifestacion ternísima de vuestros religiosos sentimientos; santa y bendita semilla que hará seguramente nacer preciosas flores en los campos del espíritu. Orad y confiad; que la oracion es el más hermoso consuelo del alma, la rica ofrenda que presentada por los Angeles, como las plegarias de Tobías, no es desechada nunca en las mansiones del Eterno. Pero acompañad vuestras súplicas con todas las prácticas saludables de la mortificacion, el ayuno y la limosna, que, nacidas de la caridad y la moral cristianas, son llaves que franquean las puertas de los cielos. Orad por las necesidades de la Iglesia Católica; que áun cuando la Iglesia tiene asegurada la victoria sobre sus enemigos por la palabra indeficiente del Señor, vuestras constantes oraciones podrán hacer más fácil y más pronto su triunfo. Orad por la paz de los Príncipes y de las Naciones; que la tea de la discordia y de la guerra parece querer hoy convertir de nuevo las ciudades y las campiñas en selvas y pantanos, como en la antigua Europa, y forma de cada campo de batalla un cementerio inmenso donde millares de víctimas piden justicia contra las ambiciones de los hombres. Orad por la conservacion, por la libertad, por la independencia del justo é inmortal Pontífice Pio IX, creyendo como él, esperando como él, amando y perdonando como él; que cuando se cree, se espera y se ama, mirando siempre al cielo y á la eternidad, el Dios de la misericordia y la justicia hace descender sobre el hombre y sobre el mundo aquellos auxilios eficaces, prenda de salvacion y de ventura, que imploraba el Real Profeta con estas consoladoras palabras. «Levanté mis ojos á los montes, de donde vendrá para mí el socorro.» *Levavi oculos meos in montes, unde veniet auxilium mihi.* Así sea.